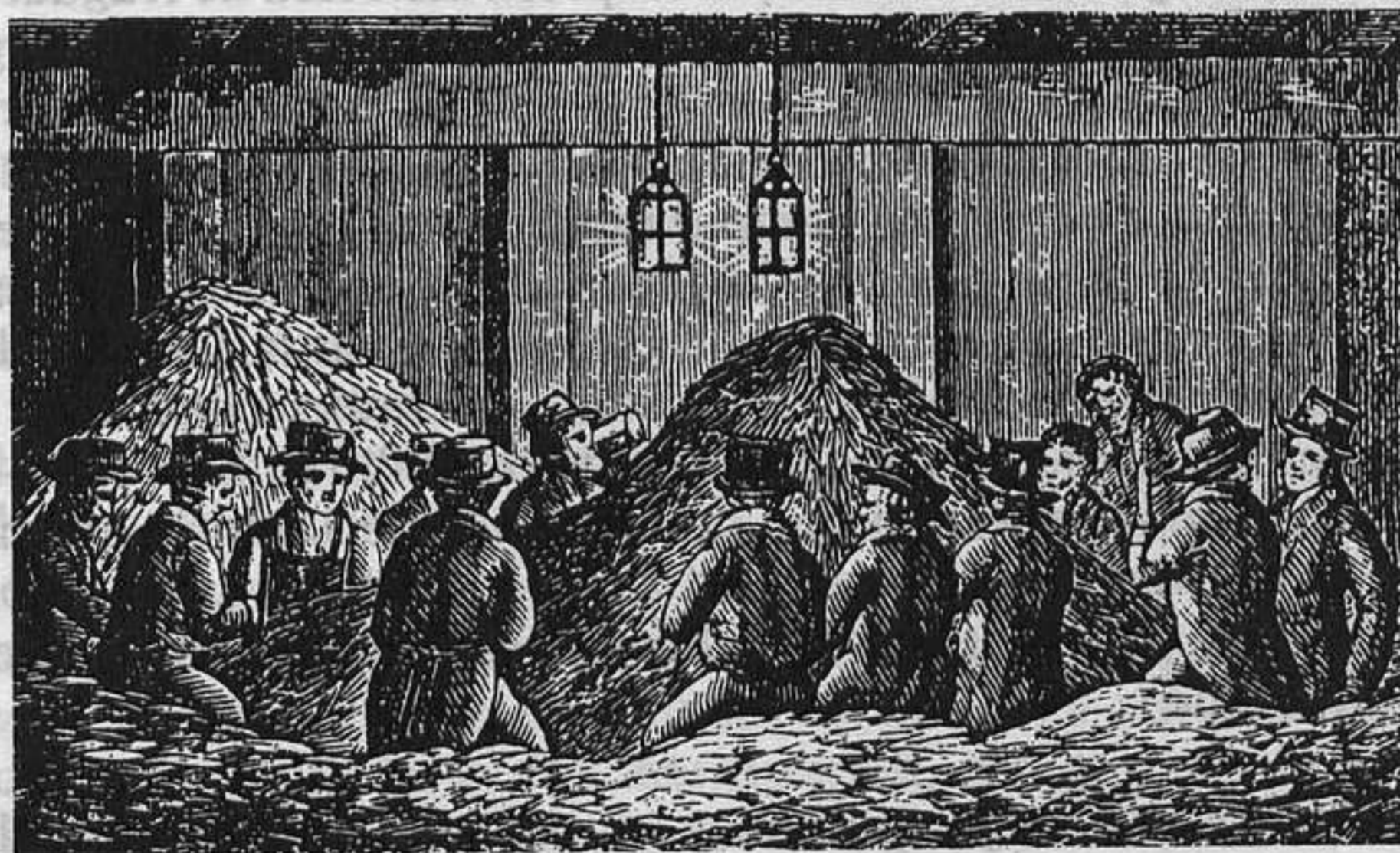

EL PSOE Y LA II REPUBLICA

Feliciano Páez-Camino Arias

análisis y debate



5

Hace poco más de medio siglo el Partido Socialista asumió tareas de gobierno en el seno de un Estado democrático. No se trata de trazar paralelismos más o menos superficiales entre aquella situación histórica y la actual, ni de extraer del análisis de aquella coyuntura admoniciones y enseñanzas para la situación de hoy. La historia no se repite pero la reflexión histórica puede ayudar a situarse en el presente. Por eso se pretende aquí evocar algunas de las líneas maestras por las que transcurrieron la teoría y la praxis socialistas durante la República y tomar la medida a las distancias que separan a aquella España de ésta y a aquel PSOE del que hoy tenemos.

Con cincuenta años de perspectiva y la experiencia brutal de la historia que siguió, los historiadores han tenido ya ocasión suficiente para reflexionar sobre lo que la Segunda República significó en nuestra historia. Se suele convenir en que la República constituyó un ambicioso intento de construir un nuevo Estado sobre nuevas bases sociales. Un Esta-

do distinto del surgido con la Restauración, que a sus ya considerables limitaciones de partida había unido el desgaste político y moral acumulado, con velocidad creciente, en los treinta primeros años de nuestro siglo. Y, en ese sentido, la República fue un *Estado nuevo* en mucha mayor medida que el franquista, cuyas líneas de continuidad con el Estado monárquico pre-republicano no son desdeñables.

La construcción de ese nuevo Estado republicano hundía sus raíces en una nueva alianza de clases, distinta del bloque dominante que había sostenido a la Restauración. La República se apoyaba en una confluencia social de las clases medias y la clase obrera (probablemente, en la sociedad española de los años treinta, sea más adecuado decir también *las clases obreras*). Las clases medias, y muy especialmente las clases medias urbanas de Madrid y la periferia peninsular, habían permanecido en los márgenes sociales del sistema canovista y expresaban, a través de un republicanismo de notorio matiz institucionalista, una voluntad de reforma política y una viveza intelectual ante las que la sociedad española, globalmente considerada, se mostraba, en el inicio de los años treinta, extraordinariamente receptiva. Los sectores obreros, por su parte, se expresaban en la vida pública a través de una doble tradición: un anarquismo, de fuerte implantación agraria y en muchos de los ámbitos en los que las unidades de producción industrial estaban fuertemente atomizadas; y un socialismo, que desde hacía dos décadas iba abandonando trabajosamente su societarismo aislacionista y tendía a convertirse en el gran apoyo de una reforma social que cada vez se veía más necesariamente unida al cambio político.

Como es harto sabido y largamente sufrido, la empresa histórica de fraguar un nuevo régimen desde una nueva base social fue, a la postre, abortada. Contribuyeron a ello las contradicciones sociales y políticas del propio proyecto pero el elemento determinante en la destrucción de la República fue, quien puede negarlo, la desmelenada reacción de las clases dominantes y sus aparatos de poder, amparados en una coyuntura internacional que, si económicamente era poco favorable a la consolidación de la República, a ellos, en cambio, les resultó, políticamente, harto propicia. Pero asumir la realidad del pasado no equivale a legitimarlo desde supuestos deterministas cualesquiera que sean. La República no cuajó, no porque no pudiera —en términos de posibilidad histórica— hacerlo, sino porque sus poderosos enemigos estuvieron salvajemente decididos a que no cuajara y consiguieron, en una coyuntura propicia, aunar fuerzas más efectivas y homogéneas en el bando de la reacción que las existentes en el del progreso (y aquí, por una vez, la simplificación no es maniqueísmo).

En definitiva, la República fue algo, política y socialmente, nuevo y ese algo nuevo no terminó de ser pero pudo haber sido. Y en nuestros días parece que vale la pena reflexionar sobre lo que realmente fue, lo que pudo ser y no fue y las razones que explican el por qué no fue. Y ello no por una simple curiosidad o afán de elucubración sino porque hoy, salvadas las enormes distancias creadas por medio siglo de evolución socio-económica y cultural, la realidad de la España republicana retoña en sus proyectos, en sus herencias e incluso en alguno de sus más significados protagonistas colectivos.

Un partido y dos políticas.

Si buscamos un protagonista común a la política republicana y a la de nuestros días nos topamos, inevitablemente, con las siglas del PSOE. El Partido Socialista fue uno de los dos grandes protagonistas constructivos de la empresa republicana. Representaba al sector de la clase obrera más receptivo a la necesidad de darle un andamiaje político al cambio social y atraía desde hacía varios años a un significativo grupo de intelectuales. El otro gran protagonista constructivo lo constituían los republicanos (instaurada la

República, necesariamente los republicanos *de izquierda*), depositarios de los afanes de modernización del Estado y permeables, asimismo, a las necesidades de cambio social. Por eso el proyecto de combinar la construcción de un nuevo Estado con el desarrollo de una política social basada en una nueva alianza de clases tuvo su más natural expresión en la conjunción republicano-socialista. La conjunción fue la partera del nuevo régimen y constituyó luego la entrada de la labor reformadora del primer bienio; su quiebra preludió el bienio de reacción y su reconstitución fue la base fundamental del Frente Popular triunfante.

En el seno del PSOE la política de colaboración con los republicanos distaba mucho de ser unánimemente aceptada. La organización socialista mantuvo una tensión continua entre dos líneas de enfoque del hecho republicano y el propio XIII Congreso nacional de octubre de 1932 puede ser una muestra de ello ¹. Existió una línea *de identificación* con el nuevo régimen, que consideraba a la República como una empresa propia —aunque compartida con otros sectores sociales— que sólo podía consolidarse si los socialistas la apoyaban, llenándola de contenido social. Convivía con esta postura en el interior del PSOE una línea *de desvinculación*, que veía a la República como algo esencialmente ajeno, a lo que los socialistas podían prestar eventualmente su colaboración pero que era, en definitiva, «tarea de republicanos», de adversarios de clase al fin y al cabo. Buena parte de las fracturas internas que jalonaron la andadura accidentada de la República tuvieron parte de su origen en el entrecruzamiento de esas dos líneas de pensamiento y práctica socialistas.

Pero, llegados a este punto, conviene señalar dos cosas. En primer lugar, que ambas actitudes no son identificables sin más con posiciones *de derechas* o *de izquierdas* en el interior del Partido, sino que podemos observar en la postura de desvinculación una confluencia, a primera vista sorprendente, entre posiciones teóricas que comúnmente se consideran muy alejadas entre sí. En segundo lugar, que esta actitud, además de constituir una respuesta a estímulos objetivos de carácter nacional e internacional, enlaza con una tradición aislacionista muy arraigada en el PSOE y se justifica por medio de una retórica pretendidamente marxista de la que participan las diversas posiciones teóricas que coinciden en la actitud desvinculadora.

La empresa de construir el Estado republicano tiene un nombre propio: Azaña. Eso parece hoy aún más claro que hace cincuenta años. La actitud socialista de colaboración sistemática, hasta el límite de la identificación, con el nuevo régimen tiene también un protagonista indiscutible: Prieto. Llegada la guerra civil, la defensa socialista de la República encuentra en Negrín un actor tenaz y dotado de una singular comprensión del entramado político. Prieto en la paz y Negrín en la guerra, representan esa línea constructiva en la que muchos historiadores ven el alma de una República innovadora y reformadora. Pero ni uno ni otro (y ni siquiera, al menos de forma destacada, ninguno de los miembros del sector prietista del Partido) elaboraron una reflexión sólida que, desde posiciones teóricas socialistas, justificaran coherentemente el sentido y los límites de su empeño.

Muy otra cosa cabe decir de quienes tendieron a ver la realidad republicana como una empresa más ajena. Aquí la justificación teórica abunda y lo hace tanto más cuanto que sus argumentos tienen fuertes raíces en la tradición teórica de nuestro socialismo y, en particular, en el tradicional enfoque pablista del tema de la colaboración con los republicanos ².

La postura más temprana, resuelta y doctrinariamente aislacionista, la representa Besteiro. Desde un horizonte marxista, que se concreta en realidad en un evolucionismo

kautskiano con ecos neokantianos, Besteiro sostiene que la construcción de la República es tarea de la burguesía y que la clase obrera debe, en todo caso, *apoyar desde fuera* y esperar a que llegue su hora. En el otro extremo del abanico ideológico del propio socialismo, Luis Araquistáin (el Araquistáin de *Leviatán*) parte de parecidas consideraciones, pero piensa que esa hora ya está sonando y atisba una «nueva etapa del socialismo» en la que éste supera el marco ambiguo y formal de la República y toma las riendas de la revolución proletaria. Araquistáin, en medio de inevitables ecos neoregeneracionistas y adherencias psicologistas, fraguará la tesis de la superación de la República, a partir de un proceso de «bolchevización» más verbal que real, cuyo exponente visible —con algún rasgo de caudillismo— será la figura de Largo Caballero.

Puede parecer raro el que Besteiro y Largo, la derecha y la izquierda, aparezcan asociados en un enfoque esencialmente coincidente del hecho republicano, pero el reduccionismo «marxista» que ambos profesaban y la común vinculación biográfica a la burocracia del partido y del sindicato pueden explicar ciertas afinidades fundamentales. Por otra parte, no es la primera vez que Besteiro y Largo coinciden en un enfoque semejante del régimen político. Ambos mantuvieron, frente a Prieto y Fernando de los Ríos, una posición favorable a un entendimiento con la Dictadura de Primo. No hay que olvidar que los contactos de Prieto y De los Ríos con los republicanos en el año treinta y la propia firma del «pacto de San Sebastián» se hicieron con una indudable visión de futuro pero desde una posición personal que les situaba al límite mismo de la disciplina del Partido. Entretanto Besteiro, en el ocaso de la Dictadura, hacía gala de una actitud bastante más colaboracionista:

«La táctica de retraimiento y de abstención es una táctica errónea, que ha producido siempre resultados fatales para la democracia (...). Casi desde la aparición de la dictadura vengo manteniendo constantemente un criterio de intervención frente a las críticas fáciles de los abstencionistas»³.

Cuatro años después, en 1933, y a propósito de las tensiones internas que se manifestaban en el gobierno, Besteiro dirá:

«Esta es una labor a la cual asistirá, o deberá asistir, más bien como testigo que como actor el Partido Socialista, al cual, a menos que los acontecimientos obligaran a torcer esta trayectoria, no le está reservado en la República el papel de asumir las responsabilidades fundamentales de Gobierno, sino más bien el de condicionar con su fuerza indiscutible la política de los partidos burgueses republicanos»⁴.

El acceso a un régimen democrático no parece haber provocado en Besteiro un cambio en su actitud de que el Partido Obrero recorra en solitario su propio camino. Más bien al contrario: el retraimiento parece más condenable con la Dictadura que con la República. Para Besteiro, el más pablista en esto de los dirigentes socialistas del momento, el objetivo esencial era conservar incontaminado el tesoro de una organización socialista larga y lentamente construida y, para eso, había que contemporizar con la Dictadura y no comprometerse demasiado con la República.

Evidentemente la actitud de Largo no fue la misma pero hay algo en ella que, en última instancia, suena parecido. Más receptivo hacia la conveniencia de integrarse en la actividad republicana, Largo se comprometió, tras alguna vacilación, en esta vía, como lo muestra su actividad ministerial. Pero cuando esto supuso la posibilidad de un desgaste de la influencia política y, sobre todo, sindical de los socialistas, Largo optó por la desvinculación, no para esperar pacientemente, como Besteiro, a que los republicanos bur-

gueses culminaran su obra, sino para anunciar que, ante la agresividad fascistizante de la reacción, se acercaba el momento de que la clase obrera acometiera la suya. Tras el fracaso de Octubre, la reconstrucción de la alianza con los republicanos fue vista con desconfianza y aceptada finalmente ante la propia dinámica popular engendrada por las expectativas del frente de izquierdas. Pero, tras la victoria electoral de éste, volvió a dejarse bien claro que los republicanos debían agotar en solitario su menguado caudal reformador para dar paso luego a la obra revolucionaria de los socialistas. En la tarea de aclararse sobre estos puntos —y sus derivaciones organizativas— estaban los socialistas cuando la sublevación del 18 de julio sorprendió a un gobierno de republicanos burgueses, sin que la presencia destacada en el PSOE de «marxistas fervorosos»⁵ pudiera poner coto a tal desmán. Los caballeristas habían anunciado, una y mil veces, la revolución pero, si revolución hubo, fue a contrapelo del levantamiento y el día y la hora lo había elegido la reacción.

Naturalmente tampoco es cuestión de personalizar demasiado las eventuales culpas del desentendimiento un tanto suicida que muchos socialistas practicaron con respecto a la democracia republicana. Raúl Morodo ha señalado, a propósito del pensamiento político de Araquistáin, que «en el socialismo español de pre-guerra, la praxis política precede a las construcciones teóricas»⁶. En el caso que analizamos, las propuestas teóricas de Araquistáin y las actitudes políticas de Largo fueron, sobre todo, la respuesta a una presión de fondo que tenía mucho que ver con las enormes dificultades objetivamente existentes para la consolidación de un nuevo Estado paralelamente a la práctica de un cambio social.

Hay que tener presente, no obstante, que las complejas y a ratos difíciles relaciones de los socialistas con la República fueron una manifestación de los irresueltos problemas del socialismo en asuntos tales como el valor y el sentido de la democracia parlamentaria, y el carácter que a la sazón tenía la sociedad española, así como el tipo de revolución social que era preciso esperar o promover.

El PSOE ayer y hoy.

Está hoy generalizada, en los medios socialistas, la convicción de que la democracia es una conquista que no cabe *superar* sino *profundizar*, ampliando su contenido hacia los ámbitos extrapolíticos. En este sentido, la posición de los socialistas con respecto al régimen democrático está, en la actualidad, más firme y unívocamente establecida que durante la República. Un vistazo al tono en que se libraban las luchas políticas en los años treinta puede ayudarnos a comprender, empero, las razones objetivas para la existencia de aquella actitud con los socialistas de hace cincuenta años. La debilidad que mostraban los regímenes demoliberales para hacer frente a las acometidas de la reacción autoritaria, el proceso creciente y visible de fascistización que experimentaban los sectores conservadores, la generalización, en suma, de la oleada fascista en Europa creaban, sin duda, un caldo de cultivo favorable a las teorías *superadoras* de la democracia *burguesa o formal*.

En el caso español, la cuestión del tipo de régimen —monarquía o república— enmascaró, a veces, el verdadero fondo de la cuestión. Se asociaba, por razones históricas, la idea de república a la de democracia, en tanto que la monarquía se identificaba, en el mejor de los casos, con el régimen formalmente liberal pero muy escasamente democrático surgido con la Restauración. Ser republicano tenía entonces un sentido profundo, que ha permanecido largamente en nuestra memoria colectiva; significaba, cuando menos, ser partidario de un régimen democrático. Pero ocurría que algunos socialistas radicales

descubrían que, en definitiva, el tema república o monarquía tenía una dimensión esencialmente formal y llegaban a la conclusión de que *qué más daba* la República, cuando la clave de la cuestión no era precisamente la República sino la democracia que ésta entrañaba.

En este tema del valor de la democracia no se puede ignorar la importancia de la coyuntura internacional. Es sabido que, en relación con la experiencia republicana, la situación de la actual democracia española es claramente más favorable. Juega a nuestro favor, por un lado, la sombría huella dejada en la conciencia universal por los fascismos que, en los años treinta, alcanzaban el esplendor de su repugnante arrogancia; para nuestro alivio, la imagen del fascismo es hoy mucho más que la de una siniestra promesa. Hay que añadir a esto el escaso crédito que tienen hoy, en el panorama internacional, la involución antidemocrática y el militarismo fascistoide. Lo que los militares argentinos, chilenos o bolivianos han llegado a hacer con las vidas y las haciendas de sus pueblos, o la senda por la que se ha encaminado el golpe *blando* de Turquía, configuran un horizonte hacia el que sólo parecen dispuestos a caminar los reaccionarios más empedernidos, y éstos, despojados de la cobertura de masas más amplias, encuentran que el camino se hace difícil y que el tiempo corre en su contra.

Otro factor que diferencia claramente nuestra situación de la republicana es el cambio sociológico que ha tenido lugar entre ambas. Clase obrera y clases medias están hoy económica y culturalmente más próximas entre sí y, por ello, un proyecto de cambio social que las integre a ambas es hoy más factible. Ello ha permitido, asimismo, que ambas puedan compartir un mismo instrumento: el viejo Partido Obrero que, sin renunciar a su reencontrado arraigo entre sus bases de apoyo más tradicionales, ha recogido una parte importante de la herencia social republicana. Como ha observado agudamente Santos Juliá⁷, el socialismo español puede ahora ser obrero sin ser obrerista y está en condiciones, sociológicas e ideológicas, de protagonizar la construcción de un Estado razonablemente sufrible, sin tener que cederle la responsabilidad de esta tarea a ningún partido *burgués*.

Esto, que desde cierto punto de vista puede considerarse como la pérdida de las esencias doctrinales del Partido o la traición a su historia, no es más que el testimonio de una adaptación del PSOE —bastante innovadora en relación con su historia anterior— a las necesidades impuestas por el cambio histórico. Difícilmente habría podido el PSOE proponerse como impulsor del cambio futuro si previamente se hubiera obstinado en ignorar el que ya se ha producido en nuestra sociedad⁸.

Dicho esto, conviene subrayar que superar el doctrinarismo no debe equivaler a desdibujar el proyecto político, que hacer eso que se llama «política de Estado» no puede significar hacer política para todos sino para la mayoría y, necesariamente, contra algunos, y que conocer la realidad no debe servir de pretexto para ahuyentar la utopía. Y, por supuesto, que dejar de ser obrerista no debe llevar hacia el populismo, ni la práctica de la conciliación social equivaler al interclasismo a ultranza. Tampoco sería inteligente empeñarse en olvidar la existencia real de la lucha de clases (en todas sus nuevas manifestaciones) que es cosa bien distinta que acatar el reduccionismo —tan tradicional en nuestro marxismo— que considera a la sociedad tajante e inequívocamente dividida en sólo dos clases antagónicas.

Lo cierto es que una combinación de factores ha hecho que el espacio político y social que hoy ocupa el PSOE sea bastante más amplio que el que ocupó durante la Segunda República. Tras su fuerte crecida en los inicios de la República, el PSOE experimentó la competencia de fuerzas políticas que canalizaron buena parte de las energías progresistas

que en la actualidad confluyen en el Partido Socialista. El de 1933 es un año clave en el proceso de estancamiento socialista y de cerco por parte de otras fuerzas políticas. La tarea de construir el Estado republicano la encarnaban más genuinamente Azaña y los republicanos de izquierda. La llama sagrada de la retórica insurreccional estaba en manos anarquistas y el desgaste y las contradicciones derivados de la participación socialista en el gobierno fueron en buena parte rentabilizados desde las filas del anarcosindicalismo (precisamente el miedo a perder en beneficio de la CNT las posiciones adquiridas en el movimiento obrero fue determinante en la evolución de Largo Caballero). Los comunistas, por su parte, encarnaban una atractiva combinación de mística política y sentido de la organización y de la eficacia y esto fue decisivo en el retroceso de la influencia socialista en favor del PCE, en particular durante la guerra civil. Se puede detectar, además, en los socialistas de la República una cierta falla generacional entre una dirección tradicional y una militancia política joven o reciente cuya sensibilidad y expectativas podían chocar con los hábitos y los ritos de un partido que, curiosamente, fue más viejo a los cincuenta años que a los cien.

En contraste con ese espacio político en retroceso, el PSOE es ahora un amplio marco en el que confluyen tradiciones políticas que proceden del republicanismo, del anarcosindicalismo y del comunismo. Esa herencia, que va felizmente más allá de la propia tradición socialista, es un factor de heterogeneidad, de complejidad. Pero la confluencia en una misma formación política crea unas posibilidades de armonización que pueden contribuir a evitar muchos de los problemas estrictamente políticos que asediaron al régimen republicano.

El PSOE actual ofrece, además, una presencia más homogénea en la geografía española. Conservando sus zonas de influencia tradicionales —e incluso penetrando más hondamente en ellas, como es el caso claro de Andalucía— ha conseguido, amparado en la evolución sociológica, ser fuerza predominante en zonas insospechadas: Navarra, Castilla-León o la propia Cataluña, donde ha sabido encauzar una parte importante del nacionalismo progresista.

La sociedad española es hoy más homogénea no sólo espacialmente sino en cuanto a sus formas de vida y esto a pesar de la permanencia de profundísimas desigualdades sociales. Si históricamente el motor del partido fue, en gran medida, el sindicato, los proyectos político-sociales del presente tienen una clara pluralidad de orígenes y, de resultas, el ámbito de acción social del PSOE también se ha ampliado. Esto plantea con fuerza el problema de la organización interna, que ha acompañado al Partido Socialista a lo largo de su historia. Junto a este tema, otros de actualidad presentan un considerable paralelismo con las de los socialistas de la República: la acumulación de tareas históricas, la dificultad de conciliar las posibilidades reales de acción con las expectativas despertadas, los peligros de anquilosamiento organizativo en el partido y en las instituciones...

Cierto es que hoy muchas tareas y dificultades siguen; sobre todo las que se refieren a la construcción de un Estado democrático y reformador. Pero el proceso de maduración de la sociedad española, por un lado, y la significación que hoy tiene el proyecto socialista para amplios sectores de esa sociedad, permiten esperar —con esa ilusión esmaltada de temores que es compartida por millones de españoles— el cumplimiento efectivo, en y para la España del final del siglo XX, de muchos de los viejos sueños republicanos de los años treinta.

¹ Véase CONTRERAS, Manuel: *El PSOE en la II República: Organización e ideología*. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas. 1981.

² Esta cuestión ha sido abordada en PAEZ-CAMINO ARIAS, Feliciano: *Tradición y mitos en el socialismo español*, en «LEVIATAN». II época. N.º 5 (Madrid, otoño 1981). Págs. 73-82.

³ Boletín de la UGT. N.º 8 (agosto 1929). Pág. 9, Citado en CONTRERAS: *O.c.* Pág. 23.

⁴ MARINE, Enrique: *El momento de España visto por...* Madrid. Aguilar. 1933. Págs. 43-44.

Se trata de una encuesta realizada a diversas personalidades de la vida política y cultural en las que se les pregunta sobre su visión de la situación política. Se pueden espigar en las respuestas alusiones al PSOE en las que éste aparece claramente, a ojos de personas ajenas a él, como el eje del sistema republicano. Por ejemplo, Gregorio Marañón afirma: «El Partido Socialista es la única fuerza organizada, fuerte y de sentido universal que hay en España». Por su parte, Goicoechea (dirigente de Renovación Española al que entonces se concedía «status» de representante eximio de la extrema derecha) aparte de decir eso tan sonoro de que «si España no acaba con el marxismo, será el marxismo el que acabe con España», previene: «por ley histórica fatal, la República española será socialista o no será».

⁵ Tan curioso calificativo puede verse, por ejemplo, en «Claridad», n.º 36 (Madrid, 27 de febrero de 1936) bajo el epígrafe *La nueva Ejecutiva marxista del Partido*. Unas líneas más abajo se hace mención a la «victoria (sic) de octubre de 1934».

⁶ MORODO, Raúl: *Introducción al pensamiento político de Luis Araquistáin*, en «Estudios de Ciencia Política y Sociología (homenaje al profesor Carlos Ollero)». Madrid, 1972. Pág. 589. Nota 1.

⁷ JULIA, Santos: *PSOE: de la taberna al Gobierno*, en «El País» (Madrid, 29 de octubre 1982). Página 13.

⁸ Resulta curioso lo que en fecha tan temprana como 1957 escribió Dionisio Ridruejo al respecto: «Si el socialismo español hiciese una apertura en sus principios prepolíticos y ajustase su programa, creo que deberíamos desear que él fuese el gran partido de la mayoría; el capaz de constituir la mayoría de clase media y clase obrera que España necesita y cuya ausencia costó la vida a la República». Lo recuerda Francisco Fernández Ordóñez en *La España necesaria*. Madrid. Taurus. 1980. Pág. 41.